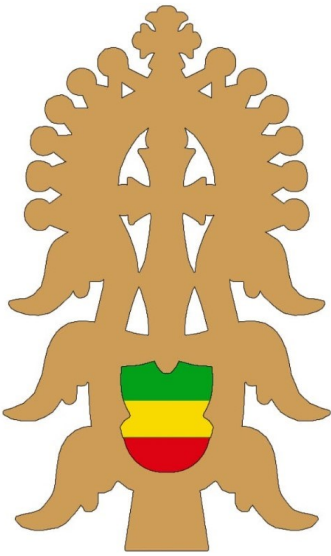




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Fourth Sunday of Zemene Tsom (*The Season of Lent*)

Liturgical Readings:

Gal. 5:1 – end; James 5: 14-end; Acts 3: 1 -12

Psalm 41:3-4;

John 2:1—25

The Anaphora of Our Lord

Él dio descanso a los enfermos en el sábado

«El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor; Tú cambiarás toda su cama en su enfermedad. Yo dije: Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra Ti» (Salmo 41:3–4).

Amados en Cristo, gracia y paz sean con vosotros de parte de nuestro Señor Jesucristo. El santo salmista nos revela hoy el corazón de Dios, que se inclina con misericordia sobre el hombre sufriente. Él es el Señor que no abandona al enfermo, sino que lo fortalece sobre el lecho de debilidad, transformando incluso la cama de la enfermedad en lugar de visita divina. Sin embargo, el salmo no se limita a la sanación del cuerpo; nos conduce más profundamente a la sanación del alma: «Sana mi alma, porque he pecado contra Ti». La enfermedad y el pecado no se confunden, pero ambos son iluminados por la misma gracia divina que sana, perdona y renueva.

En la tradición ortodoxa etíope, la enfermedad nunca se considera de manera aislada. Es parte de la condición humana quebrantada, que solo puede ser restaurada mediante la misericordiosa cercanía de Dios. El sábado, instituido por Dios como día santo de reposo, no fue dado para oprimir al hombre, sino para darle vida. Es la señal del pacto, el recordatorio de que el hombre no vive por sus obras, sino por la gracia de Dios.

Esta verdad encuentra su cumplimiento perfecto en el ministerio de nuestro Señor Jesucristo, quien sanó repetidamente en el día de reposo. Él abrió los ojos de los ciegos, levantó a los paralíticos y liberó a los que habían estado postrados por largo tiempo en la cama de la enfermedad. El Señor se acercó deliberadamente a los sufrientes en el sábado, para mostrar que el día del descanso es también el día de la restauración.

Recordemos al siervo del centurión, que estaba gravemente enfermo. El centurión romano se acercó a Cristo con profunda humildad y dijo: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solo una palabra, y mi siervo será sanado» (Mateo 8). Y por esa palabra, el enfermo fue sanado. No fue la letra de la Ley la que lo sanó, sino el Señor de la Ley.

Recordemos también a los dos ciegos cerca de Jericó, que clamaban con fuerza: «¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!» (Mateo 20:29–34). Aunque la multitud intentó silenciarlos, Cristo no los rechazó. Tocó sus ojos, y ellos recobraron la vista. Así también encontramos al ciego de nacimiento en el Evangelio según San Juan (Juan 9), que Jesús sanó en sábado. Este acto no trajo alegría a los líderes religiosos, sino acusación. Sin embargo, Cristo manifestó que la obra de Dios debe realizarse incluso en sábado.

No olvidemos al hombre de la mano seca, de quien habla el evangelista Marcos (Marcos 3:1–6), curado también en sábado. Entonces Jesús planteó la pregunta decisiva: «¿Es lícito en sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o destruirla?» Y al sanarlo, reveló el verdadero sentido del sábado: la vida, no la opresión.

Recordemos también al paralítico que fue bajado desde el techo ante Jesús (Marcos 2:3–12). Cristo le dijo primero: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Y cuando se puso en duda su autoridad, sanó también su cuerpo, para que todos supieran que el Hijo del Hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados. Aquí se manifiesta nuevamente la unidad de la sanación del alma y del cuerpo.

Sin embargo, todas estas obras suscitaron oposición. Los líderes judíos preguntaban: «¿Con qué autoridad haces estas cosas?» Cristo respondió no solo con palabras, sino con obras. Declaró: «Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro también». Así reveló que Él es el Señor del sábado, enviado por el Padre, revestido de autoridad y poder para liberar, sanar y devolver la vista a los ciegos.

El apóstol Pablo nos recuerda que la verdadera libertad no es ausencia de la Ley, sino vida en el Espíritu: «Para libertad nos libertó Cristo» (Gálatas 5). Y el apóstol Santiago enseña que la fe sin obras está muerta (Santiago 5), especialmente cuando descuidamos visitar a los enfermos y orar por ellos. Los Hechos de los Apóstoles testifican cómo Pedro y Juan levantaron al paralítico a la puerta del Templo, no por su propia fuerza, sino en el nombre de Jesucristo (Hechos 3).

Al final, reconocemos que el Señor sanó a los ciegos y a los enfermos en sábado, restauró su salud y los liberó de su sufrimiento. El sábado es el día del Señor del sábado. Es el día en que la enfermedad se alivia, el sufrimiento se consuela y la esperanza se renueva. Cristo no violó la Ley del sábado, sino que la cumplió, revelando su sentido más profundo.

Por tanto, nosotros, los cristianos, estamos llamados a santificar el sábado con obras de misericordia: visitar a los presos, confortar a los enfermos y compartir con ellos la Palabra de Dios. Así damos testimonio de que el sábado es un día de vida, un anticipo del descanso eterno en el Reino de Dios.

¡Gloria a Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos!
Amén.